

# MIRET MAGDALENA

## CULTURA DE MASAS

Ahora que se ha conmemorado el día de los Medios de Comunicación Social conviene meditar —cristianos y no cristianos— sobre los problemas que plantean con su poderosa fuerza de influencia.

El derecho personal, por ejemplo, que todos —en teoría— proclamamos a tener una cultura, no es fácil de realizar. Porque cultura no es llenar a un ser humano —como quien emplea un embudo para alimentar a un desnutrido— con ideas y sentimientos, que no sean aceptados libremente por él. Ni tampoco lo es querer **democratizar**, dando sólo facilidades económicas para conseguir una cultura que no está hecha para el pueblo, sino para los privilegiados.

Promover la cultura del pueblo es otra cosa: es hacer participar activamente a todos en el descubrimiento de nuevas posibilidades personales; en la desvelación de los valores del espíritu, que quedan siempre en segundo término en nuestro mundo. Porque sólo formando espíritus decididos y abiertos, con perspectivas, abriremos posibilidades auténticas de mejora a los hombres. Y Alain —el gran educador francés— decía: «Si se instruyera a los ignorantes se verían grandes cosas», para lo cual hay que «adaptar la enseñanza no a los más dotados, sino a los menos».

Naturalmente que, sin un mínimo de condiciones vitales, todo esto sería, sin embargo, engañoso. Porque no se puede hablar de libertad sin pretender seriamente la liberación de los hombres concretos que en ella viven. Libertad, liberadora de tantas trabas materiales, emotivas, psicológicas o intelectuales, que les impiden ser ellos mismos.

La masa es el sujeto pasivo de nuestra civilización contemporánea. La masa es ese auditorio grande, heterogéneo y anónimo que escucha, y que es llevado o inteligentemente por un ideólogo comunista como Lenin, o familiarmente por un liberal conservador como Churchill, o popularmente por un presidencialista demócrata como Roosevelt, o apasionadamente por un dictador fascista como Hitler. O que es simple víctima de cualquier psicoanalista innominado, asesor publicitario de una crema dental o de un cigarrillo americano.

El camino de influencia emprendido será, unas veces, la cruda realidad confesada palmariamente —como en el caso de Lenin—, pero orientada doctrinalmente. Procedimiento menos espectacularmente eficaz que el de grandes masas de Hitler, pero mucho más poderoso a la larga, por la carga de racionalidad y de realismo que en él se emplea.

En otras ocasiones se usará el procedimiento familiar de hablar a todo un pueblo —escogiendo la televisión, escuchada sosegadamente en el hogar— para hacerle partícipe de sus inquietudes, sacrificios y deseos. Como hicieron, en tiempo de la última guerra mundial, Churchill y Roosevelt, con eficaz resultado. Se presentaban como un hombre cualquiera entre hombres corrientes, que, embarcados en una misma nave, debían arribar a puerto, en medio de la borrasca, mediante el esfuerzo y la serenidad de todos. Les hacían partícipes —estos dirigentes— de sus zozobras, esfuerzos, defectos y entrega, para que comprendiera el pueblo que Churchill o Roosevelt eran algo así como el «padre» protector que todos necesitamos. Y conseguían del pueblo que proyectasen sobre el jefe la figura del «padre», apelando ellos hábilmente a la necesidad de protección y seguridad que todos tenemos en nuestro inconsciente.

De parecida manera, Hitler —un coloso en el manejo de los instintos más primitivos de la masa— sabía hacer vibrar el emotivo amor a la tierra y el afán de considerarse los alemanes un pueblo elegido. Porque todos los débiles que componen la masa —¿y quién no lo es en alguna medida?— desearían sentirse seres excepcionales, y ser considerados como tales. Pero ya que como individuos se ven defectuosos e impotentes, la unión con otros hace despertar —como compensación— un complejo colectivo de superioridad, que vence el sentimiento individual de inseguridad. Eso le pasó a Adolf Hitler con el pueblo alemán. Las tendencias telúricas —de que habló Keiserling— fueron activadas en el na-

zismo por los más modernos procedimientos psicológicos: los discursos se pronunciaban al atardecer, tras una larga espera esmaltada de música belicosa y sentimental que hipnotizaba al auditorio. Y siempre se encontraba a un culpable exterior —judaísmo o comunismo— que liberaba de esa sensación de culpa difusa que todos tenemos, al sentirnos débiles e impotentes.

Por otro lado, existe otro camino de influencia constante: la apelación indirecta a nuestros ocultos deseos sexuales, estimulados al máximo en nuestra erotizada civilización. Hoy se usa —a gran escala— el condicionamiento psicológico, hábilmente establecido, que estimula imágenes que despierten el atractivo del sexo, unidas a la propaganda de determinados productos. Y se acude a nuestros mecanismos psicológicos de defensa —tan bien encontrados por el genial Freud— para saber vencer las resistencias humanas a la aceptación de un producto publicitario.

Estamos con ello haciendo una civilización de «robots». No de hombres conscientes y libres.

¿De qué me sirve —entonces— hablar tanto de **libertad**, si cada vez estoy menos liberado, en nuestro mundo actual, de trabas psicológicas propagadas por los poderosos medios que son la radio, la televisión, el cine o el periódico?

¿Para qué proclamar tan alto, en el mundo civilizado, el afán **democrático**, si no hay verdadera participación personal en nuestras decisiones la mayor parte de las veces?

¿Qué fuerza tendremos para combatir a quienes hacen de su **neo-fascismo** un motivo claro de sus vidas sociales o políticas?

Tenemos que ser más sinceros. Hay que llamar a las cosas por su nombre, y decir —como hizo hace años el jesuita Padre Tenquédec— que las acciones de los hombres son fáciles de prever, porque «son relativamente raros los actos plenamente humanos». Basta conocer —como hoy se saben— los resortes de la psicología humana, para poder predecir lo que los hombres van a hacer. Lo que ocurre es que, a veces, estalla el inconformismo de fondo, que todos llevamos dentro, y se producen violentas reacciones aparentemente imprevisibles. La verdad es que se ha forzado demasiado a la máquina humana, y ésta se rebela contra tanta opresión.

Ideas, sentimientos y tendencias se introducen dentro de nosotros, sin tener tiempo para reflexionar, en una especie de **lavado de cerebro**. Una vida agitada, sin más descanso que esos poderosos medios de comunicación social, nos hacen ser como quieren que seamos quienes influyen en el mundo, y no como nosotros lo quisiéramos, porque carecemos muchas veces, en la práctica, de ocasión para poder ser nosotros mismos.

Sobre todo se emplea el miedo a la inseguridad —esa angustia que es hoy constante en la psicología del hombre corriente—, hábilmente combinada con una apelación a la exaltación personal.

Por eso, sólo si se acepta entrar en los cauces seguros que se nos muestran como únicos, se siente uno psicológicamente satisfecho, y nuestra decisión es resultado de este mecanismo psíquico inconsciente. Paulov, el célebre psicofisiólogo ruso, hace medio siglo fue el que inventó este mecanismo psicológico. Y hoy se sabe que un hombre trabajado convenientemente, por ese par de reacciones de **temor** y **exaltación**, es la mejor base plástica para poder moldear, e introducir así en él, las ideas que concuerdan con tal doble reacción inconsciente, que en él se ha provocado hábilmente.

Los dirigentes de la sociedad mundial —capitalistas, líderes políticos, reivindicadores sociales, pensadores populares, escritores de masa— saben muy bien —y si no lo saben compran a quien se lo enseñe— que así se dirigen las masas y que así se las hace ir por el camino de las decisiones buscadas, pero no por el de las libremente adoptadas.

Por eso cabría preguntarse: ¿hemos hecho —en nuestro siglo XX— verdadera cultura de los hombres o hemos cultivado hábilmente a las masas para obtener de ellas lo que queremos?